

Crônica de Viagem

Construção

**LAS CLASES
DE
HEBE UHART**

LILIANA VILLANUEVA

blatt e rios

LAS CLASES DE HEBE UHART

LILIANA VILLANUEVA

Villanueva, Liliana
Las clases de Hebe Uhart - 1a ed. - Buenos Aires: Blatt &
Ríos, 2015.
Ebook

ISBN 978-987-3616-36-5

1. Talleres Literarios. I. Título
CDD 808

© 2015 Liliana Villanueva
© 2015 Hebe Uhart por "El escritor y los lugares comunes"
y "El humor en los escritores de la generación del 80 del si-
glo XIX"

© 2015 de esta edición, Blatt & Ríos

Diseño de cubierta: Nacho Jankowski | www.jjj.com.ar
Fotografía de cubierta: Liliana Villanueva

Producción de eBook: Recursos Editoriales

Blatt & Ríos es un sello de Recursos Editoriales
facebook.com/BlattRios
www.recursoseditoriales.com



eISBN: 978-987-3616-36-5

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta
obra, por cualquier

medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor

PRÓLOGO. LAS CLASES DE HEBE

En "Explicación falsa de mis cuentos", Felisberto Hernández dice: "obligado o traicionado por mí mismo a decir cómo hago mis cuentos, recurriré a explicaciones exteriores a ellos". En este texto, un manifiesto de la escritura en humilde formato, Felisberto se desdobra, de la misma manera en la que, en sus cuentos, es capaz de salir de sí mismo y convertirse en uno más de sus personajes. Para el autor uruguayo, su propia obra tiene algo de misterioso, "a pesar de la vigilancia constante y rigurosa de la conciencia". Las frases que cito están señaladas con un trazo de marcador grueso sobre un papel fotocopiado, donde también hay apuntes escritos a mano: "el concepto traba" y "la espontaneidad no está reñida con la reflexión". El marcador grueso es de Hebe y las notas son apuntes míos de sus clases.

Escribí esos apuntes rápido, como tantas otras veces, en un intento de capturar las palabras que ella decía y que a mí me parecían imperdibles. Más abajo dice: "todo arte de escribir es hacer una digresión y saber volver". Un jueves por la noche o un sábado por la tarde de los últimos diez años debo haber anotado, mientras Hebe explicaba el texto de Felisberto: "si algo me asalta, un recuerdo por ejemplo, lo escucho, porque es la matriz de lo que va a ser mi cuento. Sólo tengo que acompañarlo. No dejarlo caer. Atenderlo, no pensar que es una pavada".

Estoy sentada frente a la pantalla de mi Mac con pilas de cuadernos y apuntes que ocupan toda la mesa de vidrio, mientras del otro lado de la ventana llueve. Hice una pequeña digresión al saltar de las citas de Felisberto a las frases de Hebe, de la mesa de vidrio a los cuadernos y a la

lluvia. Podría seguir “digrediendo” y describir las copas de los árboles que veo a través de la ventana, la lluvia que ahora es más intensa; podría recordar el anuncio de alerta meteorológica con probable granizo que escuché temprano por la mañana o el olor persistente a café que quedó en el aire, la taza ahora vacía sobre el vidrio. Pero el texto que me mira desde la pantalla no es una crónica.

Vuelvo al texto de Felisberto: “En un momento dado, pienso que en un rincón de mí nacerá una planta”. Esta es una frase de Felisberto Hernández, pero cuando la leo escucho la voz de Hebe. La veo, concentrada, fumando sentada frente a su mesa de vidrio, rodeada de pilas de libros y apuntes, escuchando cómo alguien del taller, José, Delfina o Enriqueta, Mariano, Virginia, Mónica o María leen de la fotocopia que mandó a hacer para cada uno. Detrás del humo de su cigarrillo está el balcón, las macetas con plantas, la hiedra que crece en su guía de caña y más allá, bajo un cielo sin nubes, los techos de los edificios de Almagro.

Ahora tengo que explicar por qué estoy aquí, un lluvioso sábado primero de febrero de 2014, con el recuerdo de un encuentro del taller que me asalta, obligada o traicionada por mí misma a decir quién soy y qué voy a contar. Fui por primera vez al taller de escritura de Hebe Uhart en febrero de 2003. Había llevado unas hojas con la historia de un ruso que me perseguía -la historia, no el ruso- escritas con el lenguaje periodístico al que estaba acostumbrada, un lenguaje donde la primera frase aclara todo lo que vendrá en el texto, donde prima la urgencia y donde no existe la primera persona. Al leer en voz alta me di cuenta de que había escrito desde un “no-yo” periodístico con un lenguaje que no casaba con el personaje. La historia me superaba: yo no sólo no podía con el ruso sino que, como proponía Felisberto, ni siquiera podía verme a mí misma desde afuera. Las implicancias personales me exigían distancia y un cierto grado de desapasionamiento, en un texto autoreferencial donde el “yo” era ineludible. En esa tarde calurosa de verano, fui consciente de mis escasos recursos literarios,

mientras Hebe tuvo la amabilidad de encontrar en mi texto algunos párrafos no tan errados ni demasiado confusos y me regaló un “Bien” con su marcador de punta gruesa. Tampoco criticó mi empecinada arrogancia en el intento de contar una historia que se me escapaba de las manos. Al final de la lectura, Hebe dejó a un lado las hojas y me dijo, con mucha delicadeza:

—¿Por qué no escribís una crónica de tu infancia?

Una semana más tarde llevé al taller unos papelitos donde relataba unas vacaciones poco ortodoxas que pasé de chica con mi madre en Mar del Plata. Se trataba de una crónica (ya empezaba a entender que no todo es un cuento) que contaba la experiencia de una niña muy crítica con su madre. Mamá había organizado unas vacaciones de verano en el local vacío de una galería vacía del edificio Havana, donde había que esconderse de las miradas del portero detrás de un vidrio encalado, mientras mamá y yo (tenía que usar el “yo”) subsistíamos a puro picnic de jamón cocido, tomates y pan francés en un entresuelo, iluminadas por velas a falta de luz eléctrica. Hebe entendió que mi madre había sido hippie y con esa idea siguió pidiéndome más textos “sobre tu mamá hippie”. Lo que yo no sabía en ese momento era que la propuesta de escribir sobre la infancia es una estrategia de Hebe. La crónica de la infancia es un buen tema para el que empieza a escribir, porque el primer personaje somos nosotros mismos. Somos nosotros mismos y somos otros, nos ubicamos en un tiempo y en una edad determinada, con el asombro de la infancia, donde todo se da por primera vez.

Pasó mucho tiempo y cayó mucha lluvia desde esos intentos de crónica. Ahora guardo mis textos en cajas y carpetas, algunos fueron publicados aquí y allá y la pila de cuadernos del taller y las cientos de fotocopias con los apuntes de las clases de Hebe ocupan tres valijas medianas y dos cajas de cerezas de cinco kilos. Con excepción del tiempo en que viví en Uruguay, llevo más de diez años en el taller de Hebe. No sé si aprendí a escribir pero sí sé que

aprendí mucho de mí misma; al menos, me soporto mejor y me acompaño gracias a la escritura.

En 2005 tenía tanto material acumulado que le propuse a una compañera periodista si se animaba a armar conmigo un libro sobre las clases de Hebe. El proyecto no prosperó o derivó en otros proyectos, mi compañera dejó el taller y yo seguí bastante tiempo más. Hebe me decía: "vos ya estás, esta clase ya la di, te vas a aburrir". Yo me hacía la desentendida y seguía yendo y tomando notas. En mis ratos libres en Montevideo pasé en limpio, de un cuaderno a otro, las enseñanzas de Hebe. Extrañaba el taller, claro, pero no solo eso: me di cuenta asombrada de que seguía aprendiendo, ahora sola, con el repaso de los apuntes.

Una tarde, de vuelta en Buenos Aires, estaba releendo los cuadernos cuando fui consciente de todo lo que había aprendido en ese tiempo. En el taller de Hebe aprendí que para escribir no importa el hecho en sí, sino cómo ese hecho repercute en mí o en el personaje; aprendí que el desdoblamiento al estilo de Felisberto es necesario para verse a sí mismo y que hay personajes que puedo usar y otros no, y que la literatura está hecha de detalles, que un adjetivo cierra y una metáfora abre, que siempre hay que volver al eje, que la puntuación es la respiración del texto y que no hay que aferrarse a las palabras ni dejarse llevar por ellas porque son arenas movedizas de las que hay que desconfiar. Entendí que cuando en un texto hay mucho odio o rencor el personaje es uno mismo, uno es ese odio y es ese rencor y si uno escribe hay que hacerlo desde ahí, trabajando ese sentimiento a fondo. Aprendí que hay temas que son para mí y otros que no, como un vestido que aunque me guste, no va a quedarme bien. Entendí también que hay historias que debo guardar para un momento más oportuno en la vida -como la del ruso que todavía me persigue- y que escribir es sobre todo comunicar, convertir un hecho personal en algo de interés para el otro. Y que el humor sale del perdón, el humor es un puente y, en el mejor de los casos, es también una cortesía hacia el lector.

En muchas oportunidades, Hebe armó clases en función de nuestras necesidades, motivaciones, impedimentos o bloqueos, como empujón para escribir, para constatar nuestros errores, faltas, vicios o manías particulares, siempre con paciencia y respetuosa distancia. En esas clases especiales se escuchaba el silencio, y la velocidad con la que tomábamos notas se aceleraba porque sus palabras nos tocaban personalmente. Cuando alguno de nosotros entraba en una nueva etapa de escritura, que ella divisaba con mucha más claridad que el propio alumno en cuestión, no intervenía, nos dejaba ser y hacer. Esto no es poco. Conocí talleres de escritura solemnes y otros a extremos casi dictatoriales, pasé por despiadadas máquinas de cortar carne y podé mis textos a tal extremo que de esas ramas desnudas nunca más nacieron brotes y mucho menos flores. Es por eso que agradezco, y sé que no soy la única, la actitud generosa y respetuosa de Hebe. Ella está siempre muy atenta a las conclusiones e ideas que puedan surgir de sus alumnos, a sus opiniones y sus propuestas de lectura. En alguna ocasión preparó una clase a partir de un libro que trajo un integrante del taller, como el trabajo de lectura e interpretación que hizo de los *Diarios* de Tolstoi, que habían aparecido en una nueva versión al castellano y que ella convirtió en una clase magistral y única.

Releyendo estos apuntes, fui consciente de que la sabiduría de Hebe estaba muy dispersa: clases por aquí, artículos por allá, frases rescatadas de entrevistas, resúmenes compartidos en Facebook por alguna persona que había participado en un encuentro público. Tenía sobre mi mesa una enormidad de material y me pareció que las clases, que ella prepara con mucho celo y sistema en cuadernos de escuela, estaban lejos de armar un texto único que además llegara a personas ajenas al taller. En las presentaciones de sus libros o en charlas públicas noté también el gran interés que sus palabras despertaban en la gente y más de una vez alguna persona entusiasmada con la charla

me preguntó cómo había que hacer para participar en el taller.

Hebe comenzó con los talleres de expresión en 1982, después de veintisiete años de trabajar como docente de filosofía en la UBA. Ha dado clases en su casa, en congresos, en librerías, en la Biblioteca Nacional, en Buenos Aires y en las provincias. Es lógico que en más de treinta años de taller, muchos de los temas y las frases se repitan. Para mí esas repeticiones significaron un enriquecimiento porque siempre había algún concepto que cerraba más o que se ampliaba con nuevas lecturas. Este es un intento, con el permiso y la paciencia que Hebe me tiene, de reunir la mayor cantidad posible de ese material. Cuando conté en el taller que estaba pasando en limpio las clases de Hebe, una compañera me dijo: "no cuentes todo, guardate algo". Aunque lo intentara, sería imposible abarcar la totalidad de sus clases, teniendo en cuenta que, por suerte para nosotros, sus alumnos, el taller continúa, evoluciona y se complementa con nuevas enseñanzas y lecturas.

Los encuentros con Hebe se organizan, salvo raras excepciones, en tres partes. En la primera, ella devuelve los trabajos que se han leído en el encuentro anterior y comenta, punto por punto del texto, a partir de las notas de sus cuadernos. En la segunda parte -no hay obligación de traer textos-, cada uno lee lo que ha traído. Después de una pausa de café -no le gusta que llevemos demasiados dulces- Hebe desarrolla el tema que ha preparado para esa clase. Es esa última parte, la clase misma, de la que trata este trabajo. Cada capítulo o bloque temático no se corresponde rigurosamente con una clase sino que es resumen, ampliación y redondeado de los temas que se han repetido a lo largo de los años.

Los primeros dos capítulos de este libro tratan de la escritura en general, de esa artesanía extraña que es la escritura y de la conexión con uno mismo en el acto de escribir. Luego vienen las clases sobre el lenguaje, el diálogo y el monólogo, el uso de la adjetivación, de la metáfora o la

construcción de personajes. Las dos frases que Hebe ha repetido sin cansancio son: "todo cuento tiene un *pero*" y "se entra -a la historia, al personaje- por la fisura". Estos dos conceptos, que por lo general van asociados, se trabajan en un capítulo especial con ejemplos concretos de la literatura. El uso de la primera persona y la crónica literaria como relato lineal también tienen un capítulo propio, así como la crónica de la infancia. Y no por último menos importante, el tema del humor en la escritura.

La crónica de viaje, a la que Hebe ha dedicado varios libros y numerosos artículos, es un género que ella impulsa como motor de escritura y es uno de los capítulos más largos. Para cerrar me pareció práctico volver al tema de la escritura, explicitando sus "vicios" y los consejos de Hebe para escribir resumidos en un "decálogo (más uno)". Al final de este trabajo hay dos ensayos de la mano exclusiva de Hebe: "El escritor y los lugares comunes" y "El humor en los escritores de la generación del 80 del siglo XIX", textos leídos en presentaciones públicas que guardé durante años junto a mis apuntes y que me limité a digitalizar.

En el primer encuentro con los editores, mientras en el café Jolie de Belgrano yo desparramaba mis borradores sobre una mesa de la vereda, ellos me expresaron el deseo de que en el texto se notara "la voz de Hebe". Al principio traté de diferenciar y respetar su voz, encomillando bajo citas las frases que sacaba de mis apuntes. Pero mientras avanzaba, me di cuenta de que más de la mitad del texto estaba entre comillas. La voz de Hebe se impuso. Debe entenderse que los textos que siguen a continuación son un *goulash* propio a partir de la cocina de Hebe, con sus ingredientes y condimentos y que cuando aparece el "yo" en el relato, es porque proviene de una cita textual de sus clases. Cuando los editores le preguntaron a Hebe si le parecía bien la idea de editar este libro, ella contestó: "No tengo nada en contra, pero preferiría que Liliana escribiera las crónicas de su viaje al África". El África tendrá que esperar, como el ruso, que ya viene esperando más de diez años.

Empiezo este proyecto con muchas ganas y alegría, pero con un temor que me acecha desde el principio. Es el miedo a que, cuando el texto esté terminado y publicado, Hebe, como ya me viene amenazando desde hace por lo menos siete años, me eche definitivamente de sus clases.

Liliana Villanueva

1. ESCRIBIR ES UNA ARTESANÍA EXTRAÑA

“No hay escritor.
Hay personas que escriben”.
Hebe Uhart

Escribir como artesanía. Escribir de a poco. Encontrar la propia voz. La vanidad del escritor. La literatura es comunicar. El punto de vista. La literatura como artificio. No deschavar los mecanismos de escritura. La obsesión no sirve para escribir. Cansancio operativo al escribir. La literatura y la vida. Preguntas a los escritores.

El proceso de escribir plantea todos los problemas de cualquier tarea artesanal. Hay dudas, hay dificultades, hay preguntas, hay cosas mal resueltas que hay que arreglar, hay momentos de avidez, hay momentos en que sí se escribe y hay momentos en los que no tenés ganas de escribir. Una alumna dijo “escribí una hoja y me cansé”. Un artesano nunca diría “hice una silla de tres patas y me cansé”. Las cosas se hacen y se terminan. Lo que hacemos es un trabajo, una tarea, una especie de artesanía, cierto que se trata de una rara artesanía. Si hago un texto mal hecho o una silla de tres patas o una mesa sin terminar, demuestro falta de interés o apuro por publicar. Primero hay que sembrar un campo grande y después ver qué cosechamos. No hay que intentar desde el vamos escribir una novela de trescientas páginas, porque eso es un imposible. Se va escribiendo de a poco, así como uno va viviendo de a poco lo

que a uno le pasa. No debo apurarme ni tener ansiedad, sólo debo preocuparme en escribir, como decía Isak Dinesen, "un poco cada día, sin esperanza y sin desesperación". Katherine Mansfield hablaba de la escritura como "el continuo esfuerzo, la lenta construcción de la idea". En todo caso, el taller literario es sólo un empujón porque la tarea de escribir es algo que cada uno tiene que hacer solo, consigo mismo, acompañándose.

La escritura como dominio propio la tenemos todos, pero hacer un uso específico del lenguaje es un trabajo diferente. Se puede empezar a escribir de muchas maneras, algunas personas pueden estar movidas por experiencias, otras por una idea. Otra cosa muy diferente es saber lo que le interesa al lector. Hoy en día la gente no jerarquiza, no hay una elección profunda, por eso algunos jóvenes eligen un montón de carreras que van de biología a chef, como si todo fuera lo mismo. Lo difícil, en todo caso, es aprender a mirar. Cada persona mira y escucha cosas distintas y el desafío está en encontrar la propia voz.

El terreno del escritor es un terreno anegadizo. Si uno va a escribir, debe tener confianza en que le va a salir bien, pero no debe ser demasiado creído, porque eso anula el producto. Katherine Mansfield decía en su diario: "cuando escribo algo bien, enseguida me pongo vanidosa y el siguiente párrafo me sale mal". Esto sucede porque me coloco en otro plano, en un plano superior, y la vanidad obstruye el acto de escribir. Cuando me viene la vanidad ya no me ubico fuera de mí mismo para observarme, sino en mi propio ego. Debo sentirme nada más que un instrumento y escribir como si estuviera traduciendo una voz interior que me guía. Escribir es una actividad permanente. Es un trabajo, a veces es un placer, a veces es un problema. No hay porqué escribir obligatoriamente todos los días. Uno deja que suceda, que un tema lo convoque. Tal vez, cuando uno es más joven, necesita de esas rutinas, pero con los años es más natural darse tiempo. Debemos intentar escribir lo mejor que podamos, sin arrepentirnos ni lamentarnos, ni exal-

tarnos, ni deprimirnos. Si no puedo con el texto, si me da trabajo, lo dejo.

La literatura es comunicar. El centro de lo que significa escribir es convertir un hecho personal en algo de interés para el otro y al mismo tiempo es una relación con uno mismo, porque al escribir uno sigue un impulso. La bronca, para dar un ejemplo, es progresiva, no es desde el comienzo, y está bien que vaya subiendo con el texto. No se trata sólo de escribir bien, lindo o interesante. Lucio Mansilla dijo: "no aspiro a escribir bien, aspiro a comunicar".

Es mejor que el que escribe no se sienta escritor. No es que sea un destino único, a todos nos gusta hacer varias cosas, no sólo una. Siempre hay muchas cosas para hacer, porque el que escribe tiene diversos roles: es cliente de un supermercado, integrante de consorcio, marido, dueño de un gato, etc. Alicia Steimberg decía que no había que escribir con actitud literaria y recomendaba tener otra ocupación y no dedicarse por entero a escribir. Inflar el rol del escritor conspira contra el producto, porque la vanidad aparta al que escribe de la atención necesaria para seguir a su personaje o situación. Esto es lo que Simone Weil denomina "humildad intelectual", que es la atención o la capacidad de salir fuera de sí mismo. Weil dice: "El virtuosismo en todo arte consiste en la capacidad de salirse de sí mismo".

La literatura es un artificio, pero no se debe notar. No hay que deschavar los procesos o los mecanismos de la creación. Si me preguntan sobre las estructuras en lo que yo misma escribo, no sé cómo son, eso lo tiene que decir otra persona. Es como con un ciempiés, él no sabe cómo mueve las patas.

El "deber ser" o el "deber hacer" también obstruyen la escritura. La voluntad es engañosa y muchas veces me traiciona, porque el voluntarismo se vincula con la obsesión: con el debo o el no debo. La obsesión no sirve para escribir. La obsesión es estar sitiado entre dos polos. Entonces, procuro encontrar un lugar intermedio desde donde puedo